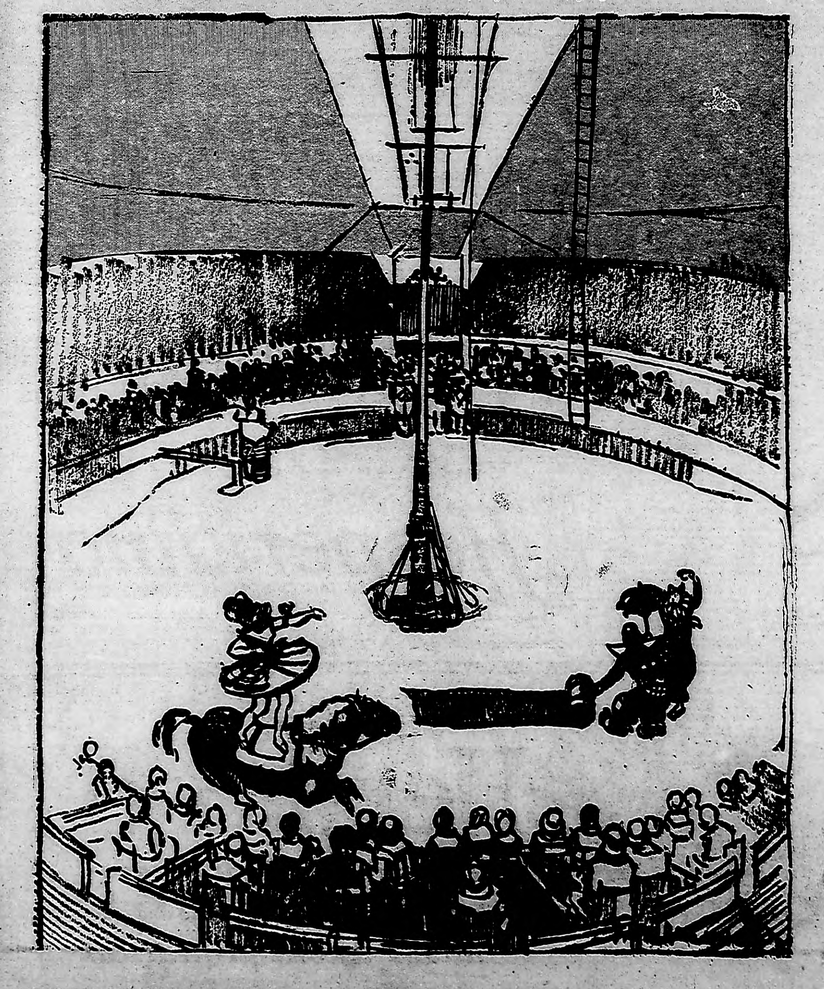
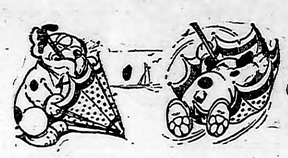
Para los pibes

AÑO II. BUENOS AIRES, Miércoles 4 de Mayo de 1927 No. 86

EL CIRCO DE LONA, por Parpagnoli







Chichín quiere abrir el paraguas. — Ya lo va logrando. — Sin embargo es un poco difícil. — Pero empeñándose... — ...todo se consigue.

C U R I O S I D A D E S



COMO SE APAGA EL FUEGO EN UN EDIFICIO DE 25 PISOS

Con los sistemas de bombas que se usan en algunos países para casos de incendio, raramente el agua lanzada alcanza una altura de cuatro o cinco pisos, y aun en la mayor parte de los casos, es indispensable el auxilio de la escalera movible.

En los Estados Unidos, país de los "rascacielos", un tal sistema de bombas para incendios sería poco eficaz, ya que no podría lanzar el agua a suficiente altura.

Los bomberos de Nueva York, han adoptado unas modernas bombas, cuyas mangas, en vez de ser completamente movibles y sostenidas y dirigidas por los bomberos, se hallan fijas sobre la plataforma de un automóvil o salen del extremo de una columna metálica que reemplaza a la escalera movible.

Con la ayuda de un volante, los bomberos dirigen fácilmente el potente surtidor, que lanza el agua con tal fuerza, que llega sin dificultad a la altura del vigésimoquinto piso de cualquier edificio gigante de Nueva York.

¿QUE ES LO QUE HACE VOLAR LOS BARRILETE?

Estos tan conocidos juguetes de los muchachos nos pruebas que el aire posee un gran poder para elevar los objetos, ya que los barriletes no se caen a pesar de carecer en absoluto de alas. El aire los sostiene. Si se toma toda la materia de que está hecho un barrilete, se hace un rollo con ella y se la abandona en el aire, caerá como una piedra.

No es, pues, que el barrilete esté hecho de una substancia menos pesada que el aire. Sabemos que el globo se eleva porque está lleno de un gas más ligero que el aire; pero el barrilete no contiene gas alguno, y, sin embargo, no cae. Esto es debido a que su superficie es muy amplia, relativamente a us peso, y puede recibir, por lo tanto, sobre ella, gran cantidad de viento que la sostiene en el aire. Pero si no hubiera atmósfera, caería la cometa de igual modo que una piedra, como caerían también las aves, movieran o no sus alas. No hay objeto o animal alguno que pueda flotar o volar en el vacío.



LOS COMETAS

Los cometas son unos cuerpos celestes cuya órbita, o sea su trayectoria alrededor del sol, es tan sumamente prolongada, que tardan años y años en recorrerla. Por eso se los ve aparecer de tarde en tarde. Los distinguimos cuando están próximos al Sol, esto es, en la época de su perihelio; pero cuando se alejan recorriendo su trayectoria, los perdemos de vista, y así nos parece que sólo accidentalmente aparecen, pues que apenas dan tiempo al hombre para observar su periodicidad.

Su constitución difiere de la do los planetas. Suelen constar de un núcleo y de una envoltura sumamente sutil que le rodea a manera de atmósfera. Lo mismo el núcleo que la envoltura, son esencialmente luminosos.

Con ayuda del (espectrocopio), se ha analizado la materia de que se componen, resultando que su envoltura se halla en un estado prodigioso de rarefacción, y está formada principalmente de gases como el hidrógeno y el nitrógeno.

El núcleo, que es lo que forma la "cabellera", no es tan tenue como la envoltura.

Desde la remota antigüedad se han visto en el cielo unos trescientos cometas.

La aparición de uno en pleno día, hace ya muchos siglos que no se ve. Al principio de nuestra era, según Séneca, apareció uno cuya luz era tan brillante como la del Sol.

El nacimiento de Mitridates — 123 años antes de Jesucristo — fué señalado con la aparición de un cometa que lució setenta días su brillante penacho.

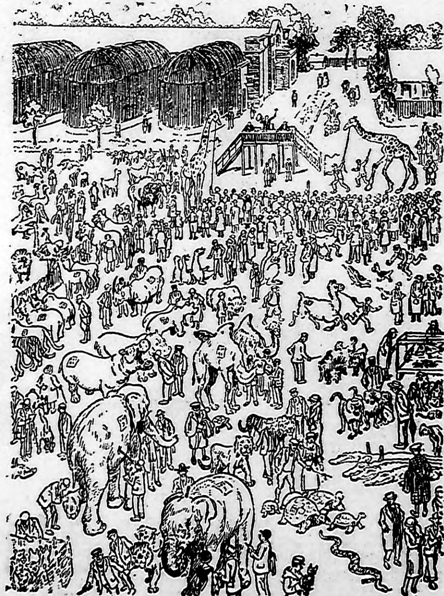
Mientras se celebraban en Roma las honras fúnebres de César un cometa apareció durante siete días.

En 1066, en el momento que los normandos se disponían a invadir a Inglaterra, apareció un hermoso y deslumbrante cometa, señal, según los cronistas, de las próximas victorias y el guía constante de sus glorias. Esto enardeció los ánimos e hizo que las tropas fueran vencedoras.

En 1456, y mientras los musulmanes asediabas a Belgrado, apareció un cometa que, sobrecogiendo el ánimo de los defensores, cuyo jefe era Hongrios, fué causa de su derrota.

Hay quien cree que la aparición de uno de esos astros indujo a Carlos V. a abdicar.

Hoy consideramos la aparición de uno de estos cometas como un espectáculo curioso para la mayoría de las gentes, e importante para los sabios.



LIQUIDACION DE FIERAS



EL JABALI Y LA ZORRA

Afilaba sus colmillos un jabalí en el tronco de un árbol, y viéndole una zorra le preguntó por qué causa aguzaga sus dientes, no habiendo necesidad alguna de momento.

—Lo hago, —contestó el jabalí— porque teniendo mis armas apercibidas, puedo defenderme siempre que convenga y de otro modo no podría hacer frente a los peligros.

"Debemos estar siempre preparados para cuantos incidentes puedan sobrevenir".

QUE ES EL CINEMATOGRAFO

Cinematógrafo significa simplemente "fotografía en movimiento". Si con una cámara fotográfica tomáis sobre una película una serie de vistas — una inmediatamente después de la otra — con un velocidad de unas cuarenta por segundo, bien de una escena marítima, o de una gran manifestación, o de un partido de football, y después hacéis pasar la película a través del objetivo de una linterna mágica, con una velocidad igual a la que le imprimisteis a aquélla al impresionarla en la cámara, proyectaréis sobre la pantalla la escena retratada, dotada de movimiento. El ojo conserva la impresión de cada una de estas vistas el tiempo suficiente para que se enlace en el cerebro (que es con lo que vemos realmente) con la vista siguiente: y podréis ver, de esta suerte, las olas del mar o la manifestación, como si verdaderamente las estuviéseis contemplando. Y aquí tenéis expuesta, de una manera sucinta la teoría del cinematógrafo.



NADA

—¿Qué ves en la triste noche
Y en la negra oscuridad?
—Sombras, contornos deformes,
Nubes que volando van.
—¿Nada en fin?—Nada.—En el alma
Sin fe, que en duda fatal
Se arrastra en sombras envuelta,
Eso mismo encontrarás.
—¿Nada?—Nada. Que del mundo
En el tempestuoso mar,
Es la fe la luz que alumbra
Tan inmensa oscuridad.

Carlos Walker M[illegible]





UN VIAJE A TIERRA VERDE

CUENTO BREVE

No limpias, rojas como un tomate tenía Matilde las orejas, la nariz y las mejillas cuando acabó de arreglarse. El vestido nuevo, estrechísimo, le apretaba por todos lados; las mangas, en especial, no le consentían movimiento, y el cuello, alto en exceso, le cosquilleaba y arañaba con verdadera crueldad. Pero su miss era inflexible. Con ella no se jugaba, y ella la arregló, la vistió, la peinó y la acicaló como si no oyese los lamentos de la pobre muchacha.

Iban a ir aquella tarde a la Ciudad Lineal, a casa de tía Leonor, hermana de su abuela, que, de seguro, le preguntaría si estudiaba mucho, si le habían dado muchos premios, si había sido buena, y dos o tres tonterías por el estilo.

A Matilde no le gustaba ir a casa de la buena señora, que, además, estaba tan lejos... Era necesario tomar un tranvía..., luego otro...

Pero el Destino había dispuesto una cosa distinta para aquella tarde. Y fué que la miss se equivocó de tranvía. Llevaba, como buena lectora, un tomo titulado "La venganza de Lady Clara", y, enfrascada en el novelón, se bajó del tranvía y tomó el otro sin fijarse. A Matilde, en cambio, el nuevo le gustó mucho. Era todo verde, como recién pintado, y no era un tranvía, sino una especie de ómnibus, con unos caballos enjaezados ricamente, con cabos de color verde, y un cochero embutido en una espléndida librea del mismo color. El paisaje que se veía no era ya ese árido paisaje madrileño de Ventas afuera, sino un jugoso jardín lleno de vegetación.

Detúvose por fin el coche, cerró su libro la inglesa, dió la mano a Matilde, bajaron las dos, y sólo entonces advirtió la miss que se habían equivocado. Nada había querido decir Matilde pensando que adonde quiera que fuesen, no se aburriría tanto como en casa de tía Leonor. Pero la miss no pensaba como ella.

—¿Cuándo vuelve este ómnibus?

—Este ómnibus no vuelve —contestó el cochero.

—¿Y el próximo?

—No sé si lo habrá; pero nunca se hace dos veces el viaje. Cuando hay que ir, va un coche nuevo. ¡Adiós, señoras! Con su permiso...

Lo primero que les chocó, al tender la vista en torno para enterarse del terreno en que estaban, fué que los nombres de las tiendas no correspondían a lo que se despachaba en ellas. Veían, por ejemplo, en una: "Elías Fernández. — Hojalatero", y en el escaparate, bollos, panecillos y mantecados. Leían en otra: "Panadería", y lo que estaba expuesto al público eran cochecitos de niño. El tendero de ultramarinos parecía haber cambiado sus existencias con el abaniquero; y donde, por el rótulo, creerías encontrar un estanco, hallabais una salchichería.

Admirándose estaban, cuando un niño con blusa amarilla se les acercó y les mandó que le siguieran. Como ellas protestasen, explicó que era el presidente del consejo de ministros, aunque no lo pareciese.

—¡Qué juego más bonito! —exclamó Matilde, poniéndose contentísima.

No le agradó al ministro que tomasen lo del país a juego, y las condujo al palacio real, situado en el centro de un hermoso jardín. Todo en él era también verde: las colgaduras, las libreas de los lacayos y los uniformes de los palaciegos.

Esperaron unos instantes, y al cabo el rey se presentó y, hablando con extremada amabilidad, preguntó a Matilde si quería permanecer algún tiempo en palacio.

No había acabado de decirlo, cuando una pesada risa estremeció la sala, y el rey miró a todas partes, como temiendo algo. Pero nada había ocurrido, al parecer.

—¡Sí! —gritó Matilde—. ¿Dónde está miss?

La miss se había transformado de una manera espantosa. Sólo quedaban de ella los pies y el volante inferior de la falda. Lo demás del cuerpo estaba convertido en un artefacto de hierro y cristal, una de esas máquinas que ofrecen un regalo con sólo echar dentro de ellas un perro gordo, como las que hay a la entrada de los teatros.

El rey dió unas monedas a Matilde; echó ella una en la máquina que había sido su institutriz, dió vuelta al manubrio, y salió un papelito que decía: "No se ponga pesada"; después, otro que rezaba: "Si no hace usted lo que le digo, se lo cuento a mamá en cuanto venga"; y así, sucesivamente, todas las frases de su repertorio.

—No se apure, que ya se arreglará todo —dijo el rey a Matilde—. Luego le explicaré lo que pasa. Vaya ahora a ver si le sirve alguno de los trajes de la princesa, en vez de éste, que la molesta tanto.

Otras historias supo después. La del príncipe que, para casarse con la princesa, se presentó a matar a un dragón que asolaba el reino, y cuando iba a luchar con él, se oyó la risa del cacatucán, y el príncipe ensartó con su espada, no al dragón, sino a un gato, en el más espantoso de los ridículos.

Ofrecióse Matilde a esclarecer el misterio, y cuando el rey le preguntaba si era inteligente y ella iba a confesar que no mucho, resonó la temible risa.

Matilde sintió que su inteligencia se afinaba extraordinariamente, y se fué a ver a la princesa.

—¿Por qué estás tan delgada? —le preguntó.

La princesa se echó a llorar.

Habían tratado de curar su extraordinaria delgadez; pero nadie le había preguntado la causa de ella. Y la causa era muy sencilla: le habían suprimido su alimento favorito, pan y leche, con hojitas de rosa y gotas de manzana.

Aquello le irritaba de tal modo, que hacía reír al cacatucán, sólo por el gusto de trastornar la buena marcha del reino de su padre.

Los últimos días habían sido de grandes trastornos. El rey mismo se había convertido primeramente en salchichero y después en quinta de recreo; el ejército en falderillos y la armada en comestibles.

Pero en cuanto Matilde dispuso que se diese a la princesa el alimento que tanto le gustaba, empezó la esbelta criatura a ganar carnes, y no se oyó reír al terrible cacatucán en todo un mes.

Reponíase la princesa, y con la salud le volvían los buenos deseos. Confesó que el cacatucán sólo se reía cuando alguien le hacía cosquillas; más aún: que no le gustaba reírse.

Conocíase el mal, y con no hacerle cosquillas se tenía a mano el remedio.

¿Cómo reparar los daños causados?

Pronto se le ocurrió un medio a Matilde: lograr que se riera al revés. Recordó lo que se irritaba su miss cuando ella se reía demasiado fuerte, y mandó llevar la máquina en que estaba aún convertida ante la jaula del cacatucán.

Rogó a la princesa que le hiciese cosquillas, y la máquina se volvió a transformar en miss.

Oyó ésta la risa del avechucho, y le gritó:

—¿De qué te ríes? ¡Ya te haré yo reír al revés!

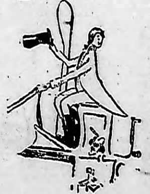
Y echándole mano al cuello, le hizo reír al revés, con lo cual todo lo que él había transformado desanduvo el camino y recuperó su forma primitiva.

Hubo rey, ejército, armada, presidente del consejo, cada tienda vendió sus propios artículos, y el mismo cacatucán se desdobló en tucán ordinario y gallo de veleta, con lo cual se acabó el encanto.

También a Matilde se le redujo la inteligencia a sus debidas proporciones, y no fué ni más tonta ni más lista que antes.

¿Cómo volvió a su casa? No lo recordaba muy bien. Y cuando pidió a miss que se lo explicase, miss le gritó:

—¡Silencio!... ¡Qué ganas de decir tonterías!...





VARIAS ANECDOTAS

Al tomar el mando del ejército austriaco el archiduque Carlos de Lorena, que había de hacer frente al general Moreau, encontró un convoy de heridos y enfermos detenido por falta de caballos y a punto de caer en manos de los franceses. El archiduque mandó quitar los tiros de la artillería y engancharlos a los carros de los soldados.

—Cincuenta cañones que se pierdan —dijo— son precio escaso de la vida de un sólo valiente que haya dado su sangre por la patria.

Algunas horas después llegó Moreau, y el convoy se había salvado, pero los cañones allá estaban. Enterado del hecho, partió sin llevarse ni una pieza, previniéndoselo al archiduque.

—Un adversario leal —le dijo— no debe aprovecharse de la nobleza de sentimientos del contrario.

* * *

Agesilao, uno de los más célebres y valerosos capitanes de Lacedemonia, hallábase jugando un día dentro de su casa con sus hijos, que eran muy pequeños, en ocasión que un amigo de confianza entró en la habitación y lo vió montado en una caña y corriendo entre los chiquillos.

Ante la sorpresa del amigo, Agesilao, sin inmutarse, le dijo:

—Suspende el juicio; juzgarás cuando seas padre.

* * *

En uno de sus viajes a París, M. D'Humboldt expone al doctor Blanche su deseo de comer con un loco.

—No hay inconveniente —le respondió el célebre alienista— y si usted quiere acompañarme mañana a la mesa...

—Con mucho gusto.

Al día siguiente, el ilustre sabio se sienta en efecto a la mesa con el célebre doctor y frente a dos convidados desconocidos. Uno de ellos viste de negro con corbata blanca; calva la frente, y mirada fría; saluda, come y bebe sin chistar. El otro, por el contrario, de cabellos despeluznados y vestido azul abrochado de cualquier modo, coloca los codos sobre el mantel, se sirve, engulle, y charla al mismo tiempo, amontonando historia sobre historia de la antigüedad y de la actualidad. A los postres, D'Humboldt se inclina hacia su anfitrión y le señala con un guiño el personaje del vestido azul:

—Le doy a usted un millón de gracias —le dice al oído— su loco me divierte mucho.

—¿Cómo? —le responde el médico.

—¡Pero si el loco no es ese, es el otro!

—¿El que no habla una palabra?

—¡Claro!

—¿Pero entonces el que habla tanto quién es?

—¡Ese, Honoré de Balzac!

PINOCHO Lea el cuento de las páginas 4 y 5.



EN Animalípolis reinaban el pánico, el desórden y la consternación.

Desde que el "Bar Chapete" había empezado a reportar sus malditos frutos, el mal no cesaba de ir en aumento. Y a las riñas, pendencias y discusiones de los borrachos, a la miseria que invadía todos los hogares, se añadían ahora los robos, atracos y delitos de todas clases.

Sucedían cosas terribles. Al primer introductor de embajadores, el señor Pavo Real, le asaltaron unos malhechores enmascarados cuando salía de una recepción diplomática de palacio y le robaron el reloj de pulsera que llevaba en la pata izquierda, la sortija de brillantes y la botonadura de perlas de la pechera; además le arrancaron varias plumas de su cola de gala.

Al salir de un baile, de casa de los señores de Galápago, unos atracadores le quitaron a doña Marta Zibelina su abrigo de pieles naturales, que valía un dineral.

Y un día que el señor Elefante se quedó dormido sobre un banco de un lugar solitario, se encontró, al despertarse, que le habían arrancado los colmillos de marfil. Sin duda debía de estar muy bebido, porque no había notado nada.

No existía la seguridad en ninguna parte; los animales no se atrevían a salir de sus casas y al llegar la noche atrancaban sus puertas.

Lo más extraño era que, después de cada fechoría se encontraba infaliblemente junto a la víctima, bien fuera de la pared, bien colgado de un farol, sobre una mesa o pegado en el cristal de una ventana, un cartelito que llevaba marcado el siniestro emblema de la banda de "la pata roja": la huella de una pata afilada de garras, pintada en encarnado.

Lo que más había indignado a los habitantes de la isla era el robo de la corona del príncipe Leoncín, cuyo presunto culpable, el señor Gazapo, estaba en la cárcel.

Parecía mentira que un animal tan honrado anteriormente, hubiera llegado a tal extremo, abusando de su alto cargo en palacio. Tan extraordinario parecía esto en un conejo que siempre había sido espejo de animales y de padres de familia, que muchos suponían aquello como un error de los perros policías.

Pero ¡ay!, pronto habían de pensar de otro modo.

Desde que el señor Gazapo había sido encerrado en la cárcel de la isla, en todos los cartelitos que aparecían al lado de las víctimas, con la huella ensangrentada, se leían estas significativas palabras: "Cometimos este delito en venganza por la detención de nuestro jefe el señor Gazapo".

Aquello era el colmo: ¡ahora resultaba que el señor Gazapo, era nada menos que el jefe de la banda de "la pata roja".!

II

¡Pobre mamá Gazapo! ¡Pobres Gazapitos! ¡Qué triste es su situación actual! Los disgustos y la miseria han alargado sus hociquitos; las costillas se les señalan de un modo horrible.

Aquella noche no había en la casa luz, ni un mal quinqué, ni un miserable candil. La coneja y sus cuatro conejitos se hallaban agrupados tristemente, cuando de pronto, uno de los gazapitos, dando un tirón del delantal de su madre, exclamó asustado: "Mira, mamá"; y señalaba a la puerta.

Por el ojo de la cerradura se filtraba un rayito de luz; ¿qué sería aquéllo?

La madre, intranquila, se disponía a preguntar: "¿quién va?", pero se quedó con la boca abierta al ver que por el mismo ojo de la cerradura se deslizaba una cosita blanca que cayó al suelo suavemente. La coneja se precipitó a recoger el objeto: era un papel enrollado; lo abrió y a la luz misteriosa del rayito plateado pudo leer estas palabras:

"Abrid la puerta; soy un amigo y vengo a salvaros".

La coneja no vaciló: alzó el pestillo y abrió la puerta; en el umbral apareció entonces un ser fantástico con el cuerpo envuelto en una capa obscura y con un sombrero de anchas alas calado hasta los ojos. En la mano llevaba una de esas linternitas eléctricas que dicen que usan los ladrones, pero que yo solamente se las he visto a los acomodadores en los cines.

El extraño personaje entró y cerró cuidadosamente la puerta; entonces se quitó la capa y el sombrero. Un gritito de asombro se escapó de las bocas de la coneja y los conejitos: "¡Pinocho!"

(No os extrañe que le reconocieran; lo mismo los gazapitos que los demás habitantes de la isla y de todas las islas y de todos los países del mundo, habían leído las aventuras del glorioso y le adoraban y le admiraban).

En efecto, era nuestro héroe.

—Salvad a mi marido, señor Pinocho —suplicó la coneja juntando las patitas.

—Salvad a nuestro papá, Pinochín — suplicaban a coro los gazapitos.

—A eso vengo — contestó el muñeco; — pero es necesario de que nadie se entere de mi presencia en la isla. Por eso he llegado aquí con tantas precauciones, para refugiarme en esta casa, donde nadie debe saber que estoy.

—Eso no es difícil — suspiró la mamá coneja —: desde que han encarcelado a Gazapo todo el mundo nos desprecia y nos abandona.

—Eso está bien — exclamó Pinocho.

Y acto seguido empezó a sacar de sus bolsillos paquete extraños: rollos de grueso cartón, saquitos llenos de plumas de ave, un tarro de cola, frascos de pintura, pinceles...

—Con ésto — explicó — voy a fabricarme un disfráz con el que espero salvar al señor Gazapo.

La coneja y los conejitos lo miraban con asombro, sin comprender sus palabras. Pero, ¿qué más daba? La energía, el buen humor y la tranquilidad de Pinocho infundían tal confianza que todo parecía iluminarse y embellecerse en torno suyo. Los seis gazapitos, a quienes el muñeco había regalado terrones de azúcar, se relamían de gusto y agitaban las colas con entusiasmo. La mamá Gazapo lloraba de alegría y sentía renacer en su corazón la esperanza.

Puesto que Pinocho estaba con ellos, ¿no era posible todo?

III

Como siempre, aquella noche la animación era grande en el "Bar Chapete"; se bebía, se bailaba, se cantaba y se disputaba a grandes voces.

Allí acudían, ya indistintamente, casi todos los habitantes de la isla; desde el gorrión golfillo que se gastaba en una noche lo que había reunido durante el día subiendo maletas de la estación, hasta el noble hipopótamo, rentista y propietario, cuyo caudal iba engrosando las sumas que el aprovechado Chapete iba amontonando. Desde el chacal bribón y pendenciero hasta el pacífico y honrado burro.

A pesar del tumulto y la animación, la entrada de un personaje desconocido de todos, llamó la atención de tal modo que, durante un momento, se hizo el silencio. Aquel personaje era un pelícano que avanzaba majestuosamente, con su enorme pico en ristre. Algo extraño había en su porte y en su actitud que dejaba adivinar en seguida que aquél era "pájaro de cuenta".

Se sentó en una mesa aislada, y para llamar al mozo pegó dos puñetazos sobre el mármol, tan formidables, que retumbaron los cristales de las ventanas, chocaron las botellas en el mostrador y se desbarató una partida de dominó que, en una mesa vecina jugaban cuatro pacíficos becerros.

Un mono camarero acudió presuroso.

—¿Qué desea el señor? — preguntó, inclinándose lleno de respeto.

—"American drink" — contestó el pelícano con voz ronca y brutal.

El mono se apresuró a transmitir la orden en el mostrador, donde Chapete preparó al punto un "cok-tail" a la americana, bebida capaz de tumbar, por lo fuerte, al bebedor más intrépido de las praderas del Far-West.

Pero apenas hubo mojado el pico, el pelícano rugió:

—¿Qué me traes aquí, pedazo de idiota? Yo te he pedido una bebida para un animal hecho y derecho, y esto es un jarabe para cachorros de cría.

Y ¡paf!, estampó el vaso contra el suelo, haciéndolo añicos.

Chapete se puso en pie de un salto y se acercó, dispuesto a arrojar del local a aquel parroquiano decididamente indeseable; pero el pelícano clavó en él una mirada tal que el muñeco de trapo, cobarde como todos los malos, bajó la cabeza.

El pelícano, sin inmutarse, ordenó:

—Venga alcohol puro, ron, mostaza, pimienta y pólvora.

Chapete se apresuró a decir con amable sonrisa:

—Mono, sírvele a este distinguido caballero lo que pide.

El pelícano, entonces, mezcló media botella de alcohol puro con otra media de ron; añadió un puñado de pimienta, un tarro de mostaza y hasta un cuarterón de pólvora. Lo agitó todo convenientemente y, de un sorbo se lo tragó, frotándose luego las plumas del estómago para manifestar que le había sabido a gloria.

Luego arrojó sobre la mesa un billete de banco y, sin recoger la vuelta, se marchó sin saludar ni mirar a nadie.

Todo el mundo se quedó estupefacto y sobrecogido.

—¡Vaya un tío bebiendo! — exclamó Chapete con admiración.

—¡Vaya un tío con malas pulgas! — exclamaron varios parroquianos.

—¡Vaya un tío dando propina! — exclamó el mono camarero con satisfacción.

.. ..

¡Menuda sorpresa habían tenido todos si hubieran seguido al terrible pelícano y al ver que éste, al llegar a la esquina de la calle, abría su enorme pico y arrojaba la bebida que llevaba cuidadosamente depositada en la bolsa!

Porque Pinocho — que, como habréis adivinado, era el supuesto pelícano — era incapaz de beber, no ya un "cok-tail" tan formidable como aquél, sino la más insignificante copita de anís.



...Hace Pelícano



Si había hecho todo aquello es porque él tenía sus planes...

IV

Durante varias noches, el misterioso pelícano siguió frecuentando el "Bar Chapete", donde tragaba bebidas cada vez más terribles, poniéndose hecho una fiera a la menor contrariedad, dando propinas de príncipe y marchándose sin saludar a nadie.

Una noche llegó muy tarde.

El mono camarero se acercó humildemente y con voz temblorosa dijo:

—Señor, ya es hora de cerrar y el amo....

El pelícano lo interrumpió descargando sobre la mesa uno de sus característicos puñetazos.

—¿Y a mí que me importa eso, mamarracho?

—Es que... que... que... se va todo el mundo y... y... yyy — tartamudeó el mono, pálido de terror.

—Pues que se marchen; yo me quedo.

Y para demostrar que hacía lo que le daba la pelicanesca gana, cogió una baraja y se puso tranquilamente a hacer solitarios.

En la trastienda estaba reunida, como todas las noches, la siniestra banda de "la pata roja". Y sólo esperaban a quedarse solos para tratar de sus fechorías.

—Como no se vaya nos estropea la noche — dijo Chapete en voz baja, refiriéndose al pelícano.

—A mí ese tipo me da buena espina; no sé por qué me figuro que debe ser un pillo redomado — aseguró el tigre.

—Si pudiéramos enterarnos de quién es... — exclamó el lobo.

—Acaso nos conviniera tenerle con nosotros — añadió Chapete; parece valiente y listo.

—Todo lo puede la astucia — declaró doctoralmente el zorro—; dejadme a mí y veréis cómo entablo conversación con él y le sonsaco lo que quiera.

Esta idea pareció de perlas a todos.

El zorro salió a la tienda, se acercó al pelícano e inclinándose y sonriendo con una mueca que él creía amable y era feroz saludó:

—Buenas noches, compañero pelícano. Me permites que me siente un momento en tu mesa?

—Bueno — refunfuñó groseramente el pelícano, sin dignarse mirar al zorro y encogiéndose de alas con indiferencia.

—Es que a mí se me ha dado en la nariz — siguió el zorro después de sentarse — que tú debes ser un pájaro de importante que ha debido de correr mucho mundo.

—¡Ya lo creo! — contest el pelícano halagado, al parecer, por estas palabras.

—¡Ya decía yo! ¡Y mis compañeros que decían que tenías pico de infeliz!

—¡Ja, ja, ja! ¡Infeliz yo! — exclamó el pelícano cayendo en la trampa —. ¡Si supieran de dónde vengo!

—¿De dónde? — preguntó el zorro con gran interés.

El pelícano miró en torno suyo y con voz baja murmuró:

—Pués vengo de una casa de fieras de donde me he escapado y donde estaba condenado a cadena perpetua. ¡Y si te contara las cosas que yo he hecho, que serían capaces de ponerle de punta los pelos a una bola de billar!....

El zorro dió un salto de alegría y con el hocico resplendeciente de entusiasmo se acercó al pelícano y le estrechó la pata con efusión.

—¡No nos habíamos engañado! — gritó —¡Eres nuestro animal! Es necesario que formes parte de nuestra banda.

—¿Y qué banda es esa? — pregunt el pelícano con cierto desdén — porque para un pájaro de mi temple hace falta que la cosa sea de mérito.

—¡De mérito! Has de saber que nuestra banda es la de "la pata roja".

Estas palabras parecieron producir sobre el pájaro un efecto enorme, sin duda de entusiasmo y admiración.

—¡Ah! — exclamó—¡La banda de "la pata roja"! ¡Admirable banda! ¿No es esa que capitanea un tal Gazapo que ahora está en la cárcel?

—¡Quiá! — dijo el zorro riendo — Esa ha sido una jugarreta de nuestro verdadero capitán. El tal Gazapo es más infeliz que una mata de habas y no tiene nada que ver con nosotros, pero hemos hecho creer que es nuestro jefe, para despistar. En realidad nuestro capitán es Chapete.

Al oír este nombre el pelícano dió un salto y lanzó un grasnido:

—¡Qué suerte! ¡Con las ganas que tenía yo de servir bajo las órdenes de este pirata! Pronto, llévame ante su presencia; quiero ingresar inmediatamente en la banda de "la pata roja".

Y mientras el zorro, radiante por el éxito de su habilidad, entraba con el pelícano en la trastienda y le presentaba triunfalmente a Chapete y a sus cómplices, el pájaro murmuraba para sus adentros: "¡Ya sois míos!".

V

¿Qué inusitada animación, se en el palacio real de Animalípolis?

En una sala inmensa, en torno a S.M. el rey León IV, que se halla sentado en su trono, se agrupa el concejo de ministros, compuesto por los Excelentísimos Señores Elefante, Rinoceronte y Bisonte, imponentes y deslumbradores con sus uniformes de gala y las condecoraciones que cubren sus pechos.

Detrás están los altos dignatarios de la Corte, el señor Pavo Real primer introductor de embajadores, el señor Gallo, gran chambelán, el señor Cigüeño, maestresala, etc., etc...

Por último, llena la sala un público numeroso y distinguido, en el que vemos al señor Burro, doña Jirafa, la señora Paloma, la señorita Cabra, don Buey y doña Vaca.

¿Es que va tener lugar alguna fiesta? ¿U n banquete? Un baile?

No, este no es el salón de fiestas, es la sala de la Justicia, y lo que se va a celebrar es el juicio contra el acusado señor Gazapo.

Todos los picos y hocicos del público reflejan extraordinaria impresión.

La melena de S. M. el rey está rizada con tenacillas, lo que demuestra la importancia de este acto. Como he dicho, se va a proceder al juicio sumarísimo contra el señor Gazapo, acusado de haber robado la corona del príncipe Leoncín y de capitanear la banda de "la pata roja".

Entre el público, sentado junto a su nuevo amigo el pelícano, se halla Chapete que ha venido a presenciar el resultado de su ardid infame.

—¡Si supieran que todo esto es obra mía! — dice el pirata con expresión satánica de orgullo.

—¡Qué talento tienes, gran Chapete! — exclama el pelícano. Y en prueba de su entusiasmo le pega un puñetazo de los suyos.

—¡Y tú qué fuerza, amigo Pelícano! — murmura Chapete malhumorado y restregándose las costillas.

—No enfades, muñeco; — dice el pelícino jovialmente: — ya sabes que mis puños son en prueba de cariño.

En este momento S. M. el rey lanza un formidable rugido, que es su manera tradicional de imponer silencio. Todo el mundo calla y el soberano ordena:

—Que pase el acusado.

En medio de la expectación general aparece el señor Gazapo entre dos perros policías; viene con las patas esposadas y, el pobre, está demacradísimo. Sin embargo, su aspecto lamentable no inspira compasión; su presencia provoca ruidosas manifestaciones de hostilidad.

—¡Muera el ladrón! Muera el bandido! — grita la mayoría del público.

S. M. vuelve a rugir imponiendo silencio y dice:

—Tiene la palabra el señor fiscal.

El fiscal es el señor Cuervo, que lleva una gafas enormes, aunque sin cristales, para poder ver mejor, y un traje rigurosamente negro.

El señor Cuervo pronuncia un discurso terrible contra el acusado, sobre el cual carga el peso de todos los robos y delitos cometidos en la isla por la banda de "la pata roja". Terminan solicitando la pena capital.

Grandes murmullos de aprobación acogen sus palabras.

—Tiene la palabra el señor abogado defensor — ruge el rey.

El abogado es el señor Kapicua, al que la toga y el birrete dan un aspecto imponente. El señor Kapicua suele cosechar en su profesión de abogado tantos laureles como en la de maestro de escuela, pues cuando empieza a hablar ya no para hasta que atolondra a todo el mundo.

Pero esta vez, ¡ah!, reina tal indignación contra el acusado, que la elocuencia del señor Kapicua resulta inútil; apenas lleva cinco horas hablando, cuando le interrumpe un bostezo de S. M., lo que aprovecha el auditorio para estallar en denuestros contra él:

—¡Que se calle! ¡Basta de lata! ¡Fuera!

Los rugidos, píos, aullidos, maullidos, rebuznos y ladridos forman un tumulto ensordecedor. Hasta que S. M., puesto de patas, logra imponer el silencio.

Se va a pronunciar la sentencia.

Y León IV ruge gravemente:

—El acusado Gazapo es condenado a muerte.

Grandes aplausos acogen la sentencia, la satisfacción es general; ¿qué otro castigo merece tanta maldad?

Sólo la desdichada coneja, la señora de Gazapo, solloza sostenida por su vecina, la dulce señora Paloma, que la hace aspirar un frasquito de vinagre.

Entonces el pelícano se acerca a ella disimuladamente y por lo bajo murmura estas palabras:

—No se aflija, señora Gazapo, que aquí estoy yo y no les abandono. ¡Ezperanza!

VI

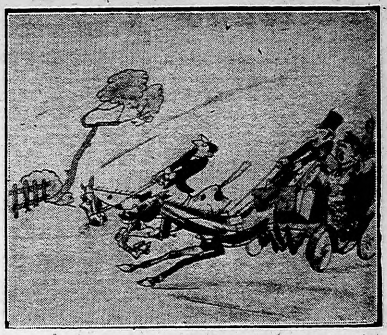
La siniestra banda de la "pata roja" está de enhorabuena; lo previsto por Chapete se realiza a las mil maravillas: el nuevo afiliado, el pelícano, es una ayuda inapreciable por sus consejos y su audacia. Ultimamente ha prometido proporcionar un "negocio" superior a todos los anteriormente realizados.

Por eso, esta noche, Chapete y sus secuaces, reunidos como de costumbre en la trastienda del bar, esperan al nuevo compañero con impaciencia.

(Sigue en la pág. 7)



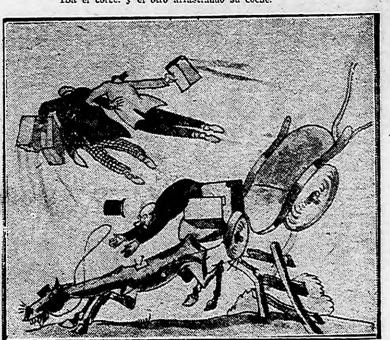
Dos hermosos caballos un día se encontraron,
y al punto a una carrera los dos se desafiaron.



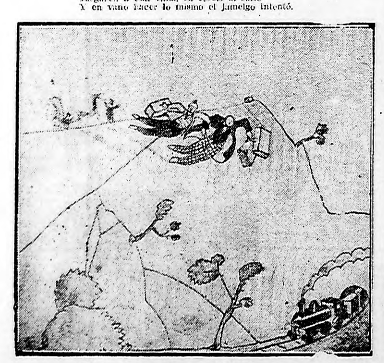
Al galope tendido, corriendo a troche y moche,
Iba el corcel y el otro arrastrando su coche.



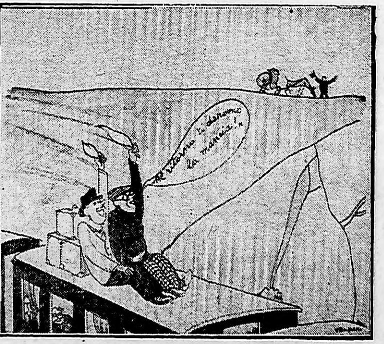
Llegaron a una valla. El corcel la saltó
Y en vano hacer lo mismo el jamelgo intentó.



Sucedió lo que siempre sucede con las fijas.
Sólo que aquí volaron los cinco (hay tres valijas).



Rodaron por la cuesta a cuyo pie venía
Un tren que, ya se entiende, marchaba por la vía.



¿Quieres cobrar? —gritaron desde el techo al cochero—
Enséñale modales al caballo primero.

Pinocho se Hace Pelícano



(Continuación y fin)

El pirata agarra una botella de ron, la octava de la noche, y acercándola a sus labios de trapo la apura de un trago. Luego se frota las manos con satisfacción.

—Mañana — dice — es el día señalado para la ejecución de la sentencia del señor Gazapo. ¡Cuidado que somos vivos! Nosotros nos llevamos el provecho y él, sin comerlo ni beberlo, carga con las culpas.

—Es un golpe maestro — afirma cínicamente el lobo, enseñando los dientes.

—¡Parece que tarda el compañero pelícano! —murmura el zorro con cierta nerviosidad.

—¡Presente! — dice una voz ronca.

Todos se vuelven sobresaltados; sin que nadie le haya oído llegar, misteriosamente, como todo lo que se hace, el pelícano acaba de entrar.

El pelícano hace una pausa: todos están pendientes de su pico. Al cabo de un rato dice con aire de triunfo:

—Sabed que en un escondite secreto de "Villa Cuernos" hay una caja que contiene oro y pedrería por valor de diez millones de duros.

El notición deja a todos con el hocico abierto.

—¿Cuánto has dicho? — pregunta el lobo que, a pesar de sus largas orejas, cree haber escuchado mal.

—Diez millones — recalca el pelícano.

Todos se embozan en largas y oscuras capas y se cubren el rostro con antifaces. Cogen linternas sordas y, sigilosamente, la banda de la "pata roja" sale de la trastienda del bar por una puerta secreta y se pierde en las tinieblas de la noche.

VII

Animalípolis duerme; la luna debe de hacer otro tanto, pues no aparece por ninguna parte. Densas tinieblas cubren la isla.

Y sin embargo, en la solitaria carretera de "Los peces escamados" aparecen varios puntitos luminosos. ¿Serán gusanitos de luz? No, son linternas sordas que unas sombras misteriosas llevan: es la banda de "la pata roja" que, protegida por la oscuridad, se encamina hacia "Villa Cuernos", el hotel del señor Buey y de la señora Vaca.

El pelícano marcha a la cabeza, guiando.

Y llegan ante la verja que rodea el jardín del hotel.

Se paran, escuchan, miran en derredor.

Nada, no se ve bicho viviente.

Los bandidos escalan la verja con sorprendente agilidad y caen en el jardín. Colocan una escalera bajo una ventana del primer piso y por ella sube el pelícano y con el diamante de una sortija corta un cristal en círculo perfecto, por cuyo hueco mete el pico y abre la ventana.

Todo esto ha sido ejecutado sin ruido y con una maestría extraordinaria. Luego se inclina hacia abajo y dice a sus compañeros:

Subid uno a uno.

El primero que sube y salta por la ventana es el tigre.

—Por aquí — le guía el pelícano.

Y le conduce ante una puerta estrechísima que da a un oscuro pasillo.

—Pasa con cuidado — aconseja el pelícano — porque el pasillo es muy estrecho; por eso precisamente es por lo que los dueños de este hotel han ido a tomar esas aguas que hacen adelgazar.

El tigre atraviesa la puerta y se interna en el pasillo; pero no ha dado tres pasos cuando siente que el suelo se hunde bajo sus patas y que, sin poderlo evitar, cae en un abismo misterioso.

—¡Traición! — ruge ferozmente.

Mientras tanto el pelícano murmura:

—¡Ya tenemos uno!

En este momento salta por la ventana el lobo que, guiado por el pelícano, se interna a su vez en el sombrío pasillo y cae en la trampa como su compañero el tigre, al que va a hacer compañía.

Y el pelícano vuelve a murmurar:

—¡Ya son dos!

Sólo falta Chapete.

Le ayuda a saltar por la ventana y le guía hasta la puerta. Pero tal es la alegría que siente al ver casi conseguido el triunfo de su plan, que no puede reprimir un ligero movimiento de impaciencia. Chapete, desconfiado como buen pirata, se detiene en el umbral del terrible pasillo y contempla a su compañero fijamente.

—Vamos, pronto — le dice el pelícano.

El pelícano sostiene la mirada con pasmosa sangre fría; pero en este momento se oye lejano y apagado, como si saliese de las entrañas de la tierra, un rumor de aullidos, rugidos e imprecaciones. Chapete retrocede.

Pasa tú delante — ordena.

Entonces el pelícano lo ve todo perdido; da un brinco hacia la ventana para cerrarla, pero Chapete se precipita, le corta el paso, saca un revólver del bolsillo y le apunta gritando:

—¡Alas arriba!

Al levantar las alas con la brusquedad de la sorpresa, ¡crac!, al pelícano se le rompe uno de los bramantes que sujetan la armadura complicada de su disfraz, se le cae el pico, se le caen las plumas y Chapete lanza un grito agudo:

—¡¡¡Pinocho!!!

—¡Por fin! ¡Ya te tengo en mi poder! ¡Vas a morir!

Entonces, rápido cual el rayo, Pinocho se agacha, se mete debajo de la mesa y levantándose de un salto, ¡paf!, la arroja sobre Chapete.

La mesa cae con un ruido infernal; la lámpara se hace añicos; suena un tiro; se oye un grito.

Y mientras Chapete, en la oscuridad, corre de un lado a otro pataleando como un energúmeno y acompañado por los aullidos siniestros de las fieras, se oye, desde el jardín, la voz guasona del héroe que grita:

—Adiós, Chapete. ¡Te he vencido una vez más!

VIII

Aquella famosa noche —la noche última—, ya de madrugada, Pinocho se presentó en el palacio real, pero sin su disfraz de pelícano, ya inútil.

No queráis saber el efecto que produjo su aparición inopinada; el gran chambelán se precipitó como un loco en la alcoba de Su Majestad, gritando:

—¡Señor, que está aquí Pinocho! ¡Que viene Pinocho!

Al pronto, este brusco despertar le hizo muy poca gracia al rey, que roncaba apaciblemente a pata suelta y estaba acostumbrado a que un melodioso coro de cigarras le arrancase dulce y progresivamente de los brazos de Morfeo.

Pero al oír el nombre glorioso, pegó un salto y se restregó los ojos.

—¿Que está aquí Pinocho? — rugió.

—Sí, sí — insistió el chambelán —; Pinocho, que pide audiencia a Vuestra Majestad.

El rey, abrumado a la vez por la sorpresa de tanto honor y por lo que le quedaba de sueño, se apresuró a coger su pijama, un magnífico pijama de raso celeste con dibujos orientales, y pasó las patas traseras por las piernas del pantalón y las patas delanteras por las mangas de la americana.

Ya era tiempo: Pinocho entraba en la cámara real y se inclinaba con una de las reverencias suyas, llenas de gracia y elegancia.

—Señor — dijo — os traigo el nombre del jefe de la banda de "la pata roja".

El rey estuvo a punto de caerse de asombro y de desilusión.

—¡Cómo! — exclamó con tono de reproche — ¿ésa es la noticia que me traes? ¿Y para eso me despiertas a estas horas intempestivas? ¿Acaso ignoras que el jefe de la banda hace tiempo que está en la cárcel? Tanto es así, que precisamente hoy le han de ajusticiar.

—Señor — contestó Pinocho —, el que está en la cárcel es un infeliz que nada tiene que ver con la banda de la "pata roja", la cual se halla en este momento en mi poder... y en el de Vuestra Majestad

Y le refirió, de pe a pa, cómo había logrado, con singular ingenio y valor, descubrir los secretos de los bandidos y capturarlos. Mientras escuchaba el rey, atónito, se mesaba su magnífica guedeja, pensando con espanto, en el terrible error judicial que había estado a punto de cometer.

Y aquella misma mañana, un destacamento numeroso de perros policías, conducido por el propio monarca, que se apoyaba familiarmente en el brazo de Pinocho, se dirigió hacia la carretera de "Los peces escamados", cercó la "Villa Cuernos" y capturó a los bandidos que seguían aullando y rugiendo en el subterráneo en que habían caído como en una ratonera sin salida.

¿Y Chapete? ¡Ay, amigos míos, no me preguntéis por él; porque con el alma desgarrada por la tristeza, tendré que confesar que había desaparecido, logrando una vez más salvar su pellejo! Por supuesto que un besugo de la costa solicitó audiencia del rey y le anunció que había visto al infame muñeco huir en una lancha hacia alta mar donde, sin duda, el buque "El Chacal" le esperaba.

¡Pero bastante les importaba Chapete a los habitantes de la isla! Lo esencial era el haber recobrado la quietud y la paz y antes de volver a dedicarse con más ahinco que nunca al honrado trabajo, del que les apartó el uso del alcohol para conducirles a la depravación y a la pereza, todos los animalipolitanos se dieron el gusto de pasar tres días de regocijos consecutivos.

Primero se procedió a la rehabilitación solemne del señor Gazapo, que fué sacado de la cárcel por el pueblo en masa en el momento que el desdichado creía llegada la hora de ir al patíbulo. ¡Oh alegría! En lugar de eso, fué conducido a su domicilio, donde le esperaban los diez pares de patas, cariñosamente abiertas de par en par, de su tierna esposa la señora Gazapo y de sus cuatro adorados gazapitos.

Además, para compensar un poco a la simpática familia de tantos sufrimientos injustos, S. Majestad se dignó asegurarles la existencia, otorgándole una renta vitalicia de hojitas de lechuga en almíbar y zanahorias garrapiñadas.

El mismo día, los bandidos de "la pata roja", juzgados en juicio sumarísimo y condenados a la pena de cadena perpetua, salieron de la ínsula y embarcaron con rumbo a los parques zoológicos de las capitales extranjeras, donde habrían de terminar su lamentable existencia encerrados en jaulas de hierro.

El mismo día tambien se clausuró solemnemente el gran "Bar Chapete", y sobre este título aborrecible fué colocado otro que rezaba con letras descomunales: "Bar cerrado".

Pero lo más grande, lo más emocionante y conmovedor fué el homenaje que la isla entera tributó a su libertador, el gran Pinocho, detective genial, héroe sin par.

Primero tuvo lugar el homenaje de la corte: el propio soberano, con sus propias garras, le prendió en el pecho la condecoración más rara y grande: la gran cruz del mérito animal.

Y luego tuvo lugar el homenaje del pueblo: Pinocho fué montado en lo alto de una jirafa y así paseado en triunfo alrededor de la isla entre aplausos, víctores y aclamaciones.

Y el gran muñeco aprovechó este momento de emoción y entusiasmo para dirigir al pueblo tres preguntas importantísimas:

—¿Volveréis a trabajar honradamente?

—¡Sííííí! — gritaron todas las voces confundidas en una sola.

—¿Volveréis a seguir los malos consejos de un malvado?

—¡Noooo!

—¿No entrará ya en la isla una sola gota de alcohol?

—¡Nuncaaaaaa!

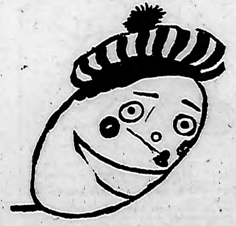
Y después de estas tres respuestas coreadas por nuevas ovaciones delirantes, Pinocho, confiado en las promesas de aquellos excelentes animales, abandonó la isla para volver a ponerse, según su costumbre, a la disposición de cuantos seres buenos, débiles o desgraciados, le necesitan por el mundo.

Sólo un pensamiento amargaba el buen recuerdo que se llevaba de Animalípolis: el que Chapete hubiese huído una vez más.

—¿Pero es que, a pesar de derrotarle siempre, no lograré nunca capturar y aniquilar definitivamente a este infame?— se preguntaba.

Pero se consoló al punto pensando que así no terminaba la lucha contra su odioso enemigo y que esto daría lugar a nuevas y sensacionales aventuras para que yo os la cuente y vosotros disfrutéis leyéndolas

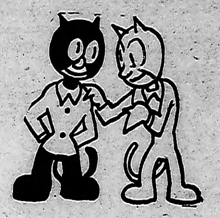
FIN





Aventuras de Zapirón

Por LINAGE



El Gato con Botas se encontró en la calle con un amigo que se dedica a la política con todo el ardor y la simpleza de su alma de Gato, y a manera de saludo, le dijo:

—¿Cómo te va?

El otro lo palmeó amigablemente con la esperanza de convercerlo en seguida en favor de sus partidarios y llevarlo al comité, donde obsequiaban a los recién llegados con empanadas sin aceitunas. Era un comité muy pobre.



Pero apenas había empezado a hablar, el Gato con Botas le dijo:

—Oye: aquí donde ustedes me ven, dibujado por Linage, no soy tan insignificante como parece. Algo valgo. La cuestión es dar con el precio. Y desde ya te advierto que si crees que mi precio es un puesto de importancia, una casa para mis padres ancianos; becas en el extranjero para mi prole o una pensión de guerrero del Paraguay mi mujer, estás equivocado.

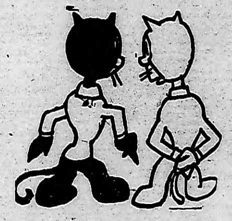


El Gato sin Botas, que ante este exordio se había puesto serio, sonrió después al oír que el de las Botas, continuaba así:

—Sin embargo, podemos ir a tomar un copetín por ahí y hablaremos.

—Bien, bien — dijo el otro, maullaremos al respecto.

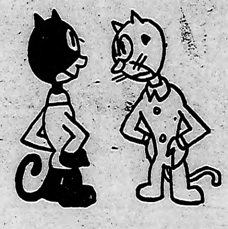
Y se fueron sonrientes y optimistas en busca de un rincón donde poder entregarse tranquilamente a vermutizar y hablar de política.



Pero según parece, lo de los copetines era cuento, porque media hora después, aun andaban caminando y hablando de este modo:

—Cierta vez, — decía el Gato con Botas — el general Roca, me llamó y me dijo: —Si me ayudas a ganar esta eleccion, te haré un lindo regalo.

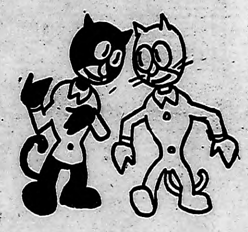
Yo hice todo lo que pude, y robamos la elección. La robamos en el sentido honesto de la palabra, se entiende.



...llegó el día de las felicitaciones y cuando estábamos todos reunidos, dijo de pronto el general a su edecán:

—Ahora tenemos que quedar bien con este Gato. Como primera medida le regalaremos esa vaca fina que tenemos ahí, y después ya veremos lo que se hace por él.

El Gato politiquero oía, sorprendido el relato del Gato con Botas.



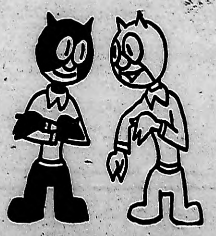
Este dijo entonces:

—Yo me planté, con los brazos en jarra delante del general y le dije a éste:

—Pero mi general, ¿qué quiere que haga yo con una vaca fina?, si vivo en un cuarto piso, en una casa de departamentos donde ni siquiera me dejan tener a los chicos. Y aunque me dejaran, ¿cómo hago para llevarla arriba, si no hay ascensor?



—El general me miró entonces sonriendo, y todos hicieron lo mismo. Yo pensé que me estaban tomando el pelo, pero resultó que la vaca fina era una estatuilla de oro, con ojos de brillantes y cuernos de marfil... diez mil pesitos, por la parte baja. Yo me la puse debajo del brazo y me fuí a casa, esperando la oportunidad de prestar una nueva ayuda al general.



Pero esa oportunidad no llegó a presentarse y desde entonces nadie, hasta este momento, me había pedido ayuda para hacer política. Eres el primero, y yo tengo una esperanza. ¿No habrá en tu casa un torito fino, de oro, con ojos de brillantes y cuernos de marfil? La pobre vaquita se aburre mucho, solita sobre el aparador de mi casa.



Entonces el Gato de la política, seguro ya de contar con el voto de todas las azoteas, le dijo:

—Bueno, vamos a buscar entonces el torito.

..Y desde hace días, ambos gatos andan por toda la ciudad en busca de un compañero para la vaquita que le regaló el general Roca al Gato con Botas.